

RESEÑA

DISCURSO DE GRADO: PROYECTO DE PROFESIONALIZACIÓN DE ARTISTAS CONVENIO UDEA-AAG LICENCIATURA DE GRADO

Castro Arce, Luis Daniel; Franco Rendón, Nancy Stella; García Delgado, Wilson León; López Cordero, Martha Lucía; Monje López, Vladimir; Pacheco Oviedo, María Tirsa.

Educación con conciencia y compromiso es un acto de rebeldía, tanto para el que educa como para el que se dispone a educarse, es un acto de rebeldía con su entorno donde maestro y estudiante toman el riesgo de reinventarse en un homenaje al inconformismo, en un acto noble de transformación individual y colectiva. (Estudiantes de Licenciatura en Teatro convenio Universidad de Antioquia - Academia de Artes Guerrero)

Trabajar colaborativamente fue uno de los retos más grandes que afrontamos en este camino y estas palabras dan fe de ello, pues al ser escritas a varias manos, son un vivo ejemplo de nuestro devenir como grupo.

La Universidad de Antioquia a través del proyecto de Profesionalización se dio a la tarea de entender la rebeldía de los artistas escénicos que nos resistíamos a la institucionalidad, pero que creíamos y asumíamos responsablemente nuestra labor con la sociedad. En convenio con la Academia de Artes Guerrero reunió un conjunto de hacedores provenientes de varias regiones y sectores, hecho que produjo un grupo enérgico, de carácter plural y heterogéneo. Al principio nos sorprendimos al vernos tan diferentes —y a la vez tan parecidos— sin entender cuándo íbamos a complementarnos. Tan diferentes que nuestros pareceres nos llevaban por diversos caminos que confluían en ese momento bajo un mismo techo.

Fuimos temerosos, nos conocíamos poco, pero con el paso de las sesiones y el trabajo práctico nos fuimos embebiendo en los autores del arte teatral y los ponentes de las herramientas de la pedagogía.

Muchas veces nos miramos feo, nos odiamos en secreto y hasta nos amamos en el anonimato. Ni esto, ni los impases de la vida, ni los esfuerzos económicos —algo que en otras latitudes está avanzado y es un derecho, mas para nosotros un privilegio—, impidieron que llegáramos a clase, saludarnos y entender que la única manera de cambiar es repensando todo a partir de la comunión con quien se sienta al lado; es así como el apoyo de unos a otros permitió no desfallecer y dimensionar que obtener este título se convertiría en pieza clave de nuestro devenir artístico para proteger con mayor convicción la educación, el derecho al libre pensamiento y la libre expresión, vistos como impulsos esenciales que tienen que volverse una máxima de los contextos educativos.

Creemos que la Universidad vio en principio que profesionalizar a los artistas era educarlos, y en el proceso encontró reciprocidad de conocimientos y la posibilidad de actualizarse a sí misma. Con profundo respeto, desde la valoración de nuestra experiencia, la universidad transformó nuestra mirada, nos dio las herramientas para reorganizar el recorrido y descubrir nuevos puntos de partida a través de los cuales, los sentidos de la investigación fungieran como creadores de un espacio de producción de saberes mediante la reflexión de las propias prácticas, lo que a la postre permite entregar nuestras vivencias y hacer que el conocimiento sea transmisible y transformable por otros.

Como artistas somos parte del Teatro Colombiano, como profesionales somos parte de un país al que aportamos día a día en su construcción. Ambos, teatro y país han estado ligados, no pueden entenderse por separado, se han entrelazado en movimientos sociales, culturales y educativos trascendentales para la formación del territorio. Muestra de ello, el teatro se ha forjado como un espacio de encuentro y comunión, generador de diálogo, catalizador de puntos de vista, dinamizador sociocultural. A su vez, como profesión, el teatro en Colombia —a pesar de ser muy joven comparado globalmente— ha tenido un incremento notorio en los últimos 25 años: hemos vivenciado un crecimiento del territorio teatral, de los públicos, de las escuelas de formación, del ente mismo.

De esta manera, la profesionalización es resultado de esa progresión y cambio. Con ella no solo se ha brindado formación académico-profesional a un puñado de agentes y gestores de las artes, sino que se ha abierto un lugar de encuentro de personas en el que su experiencia se desdobra a través de lenguajes simbólicos, de la confrontación y el diálogo permanentes; si

bien esto se puede encontrar en talleres, clases maestras y en general, en las modalidades de la educación informal, es inusual esta confluencia en largos periodos de tiempo. Aquí radica buena parte de la pertinencia de estos programas, pues el proceso continuo, *per se*, conlleva a la cualificación y la maestría. A diferencia de los programas presenciales regulares, a los que en muchos casos asisten jóvenes ávidos por construir su proyecto de vida y cimentar las bases de su porvenir profesional, a las profesionalizaciones asisten creadores con trayectoria, con una idea clara sobre su quehacer. Esta se complementa por medio de un ejercicio de auto-observación y creación en conjunto, generando un terreno fértil para la reflexión, producción y construcción de sentidos únicos, sin moldes ni precedentes, innovadores, con la potencia de ser brújula para el medio, un motor para la escuela naciente que necesita herramientas para fortalecer un lenguaje propio. Tener el título de licenciados, bueno, es la cereza del pastel.

Sin embargo, esta preocupación de enlazar la academia y el teatro no es nueva. La no reglamentada Ley del Teatro en Colombia, propuesta en 2007, dicta que teatro es una asignatura que debe ser impartida a todas las edades, lo que se traduce en reflexiones como: ¿Para qué enseñar teatro? ¿Qué enseñar cuándo se enseña teatro? Infortunadamente, el sector teatral ha sido marginado, vive en una constante búsqueda de sostenibilidad y ahora somos conscientes de que uno de los problemas que tenemos es tanto la falta de público como la comprensión que tiene el artista sobre sus espectadores: ese público y ese diálogo nacen en la escuela. Por otra parte, en Colombia, país de la diversidad, nos cuesta aceptar las diferencias culturales, económicas, sociales y políticas. Se nos dificulta entender al otro, acompañarlo, vivir con él, y especialmente reconocer lo que somos en pro de reconstruirlo y reinventarlo.

Por ello, actualmente en la etapa del post-acuerdo, con ligereza se afirma que en las manos de los artistas y los educadores está la clave de la reconstrucción y re-significación del país, y con esto no nos distanciamos de la responsabilidad. Entendemos que el arte tiene la posibilidad de dar voz al marginado, de reflexionar en torno al victimario, de posibilitar ideas innovadoras para encontrar nuevas soluciones a problemas anquilosados, también creemos con convicción que la paz duradera y coherente no está en manos de un oficio, sino en la sinergia de los mismos. El teatro en la escuela siembra semillas que fortalecen el trabajo colectivo y altruista.

Por fortuna, para hacer teatro no se necesitan edificios, solo se necesita de uno que lo haga y otro que lo vea. Y ambas partes conectan y conviven de manera profunda cuando el teatro transmite desde la certeza —o la duda— temas que pueden motivar reflexiones que aporten a una mejor convivencia; por lo tanto, ejercer con coherencia el teatro permite encontrar

formas de abrir conciencias sobre situaciones sociales complejas, exponer problemas difíciles de hablar, mostrar poéticamente lo que con palabras directas sonaría vulgar o, también, para encontrar caminos de diálogos cuando las discrepancias no parecen abrir los senderos del entendimiento.

Con este panorama, recordamos las bellas palabras del maestro Carlos Guerrero, puesto que nos hizo reflexionar sobre a quiénes correspondía el proceso de profesionalización: ¿A nosotros? ¿A nuestra familia? ¿A nuestros grupos? ¿A nuestros estudiantes? ¿Al público? Nos hizo ver que este trasegar educativo es una gota que cae al agua y se expande con amplitud.

Así pues, que alcancemos esta profesionalización no es un final fatuo, sino el inicio de una responsabilidad, de una madurez de lo maduro, de una fortaleza y de un nuevo andar que motivará vidas y encausará rumbos para las vidas de otros.

Con este título no nos despedimos de la Academia y de la Universidad, pues estas aulas nunca las podremos dejar, a ellas regresaremos, de forma presencial o a través de nuestra labor, ya que marcaron un punto de inflexión en nuestras vidas, el que pregonaremos cuando con orgullo y satisfacción digamos que somos Licenciados en Teatro.